

lez de su fé y con la franqueza que es natural á los franceses, respondió, que él no creía poder en conciencia unirse con un príncipe que se había declarado públicamente contra el culto y la doctrina de la Iglesia.

Los prelados, á ejemplo del monarca, señalaron en todas ocasiones su celo por la pureza de la fé y su adhesión al centro de la unidad católica. Tal era el espíritu que animó principalmente al mas ilustre entre ellos, Bonifacio, arzobispo de Maguncia y legado apostólico por espacio de treinta y seis años. Se propuso por ley de su conducta dirigirse en todo de un modo invariable por los consejos de la Cabeza de la Iglesia; y como la continuación de sus trabajos en tierras distantes le privaba de la noticia de los negocios y revoluciones mas considerables, no pidió la comunión con la Santa Sede al Papa Esteban hasta dos años después de su exaltación al pontificado. Había estado ocupado, como se lo participaba escusando su tardanza, en reparar mas de treinta iglesias incendiadas por los paganos, sin acobardarse por eso ni disminuir la actividad de su celo. Agoviado de años y de enfermedades, tomó á su cargo la empresa de convertir enteramente á los frisonos, idólatras feroces é inconstantes, entre los cuales había trabajado en los años anteriores con algun fruto.

Se proveyó antes de un digno sucesor en la Silla de Maguncia con arreglo á la facultad que había obtenido del Papa; y con el consentimiento del rey Pipino, de los obispos, de los abades, de todas las órdenes de la clerecía y de todos los señores de la diócesis, ordenó al sacerdote Lullo, uno de sus discípulos mas fieles y mas queridos. Entre los motivos que propuso al archicapellán Fulrado para que le consiguiese al efecto el beneplácito del monarca, fué una necesidad de instituir un obispo caritati-

vo que atendiese á las necesidades de los sacerdotes empleados en la frontera de los paganos: «obreros, le dijo, ocupados infatigablemente en la viña del Señor, los cuales á lo mas pueden ganar el pan, pero no el vestido, si no se les ayuda como yo lo he hecho.»

Instituido Lullo, y estando dispuesto Bonifacio á marchar á Frisia, este venerable anciano le habló de esta manera: «hermano mio, el tiempo de mi muerte se acerca: oid pues, y cuidad de ejecutar las últimas voluntades de vuestro padre. Continúad las obras de las iglesias que he comenzado en Turingia: aplicaos cuanto podais á la conversión de los pueblos, acabad la iglesia de Fulda, y procurad que, cuando llegue el caso, se me entierre en ella. Al preparar todo lo necesario para mi misión, no os olvidéis de poner con mis libros una sábana para enterrarme (1).» Al oír estas palabras no pudo Lullo reprimir el llanto y derramó un torrente de lágrimas. San Bonifacio llamó también á su parienta la abadesa Santa Lioba, y la exhortó á no dejar después de su muerte aquella tierra que le era extranjera, y á mantener el espíritu de regularidad en su abadía de Biscoheim, sin que la debilidad del sexo, ni el disgusto y fastidio pudiesen dar lugar á la relajación. La recomendó al obispo Lullo y á los ancianos del monasterio de Fulda que estaban también presentes; y dándole su cogulla, la dijo que quería no estar separado de ella después de la muerte, sino que ambos fuesen enterrados en un mismo sepulcro.

En fin, se embarcó en el Rhin para bajar á Frisia. Llevó en su compañía á Eoban, á quien había ordenado para la Silla de Utrech, vacante por muerte de San Willibrodo, y á otros diez compañeros, tres sacerdotes, tres diáconos y cuatro mon-

(1) Willibald, cap. 2.

ges (1). Hizo una multitud de conversiones, bautizó millares de infieles, les obligó á derribar sus templos y á edificar iglesias, señaló días para confirmarlos, y entretanto los envió á sus casas. Se quedó Bonifacio en la ribera del rio Burda, siempre dispuesto á purificar otras almas en las aguas de la regeneración. En el día convenido comparecieron por la mañana, no los neófitos que esperaba, sino una cuadrilla de bárbaros idólatras y bien armados, que acometieron á las tiendas de los predicadores evangélicos. Salieron los domésticos con armas para rechazarlos; mas el santo obispo, advertido de la novedad por el tumulto, llamó á sus clérigos, y tomando las reliquias que traía siempre consigo, salió fuera de su tienda y dijo á los suyos: «deponed las armas, hijos míos: nuestra Religión nos enseña á no volver violencia por violencia. Ya ha llegado el día por que tanto he suspirado: poned vuestra confianza en Dios, el cual por algunos momentos de una vida miserable os dará un reino eterno.» En el mismo instante los asaltaron con furor los paganos, y dieron la muerte á cincuenta y dos de ellos. De esta manera San Bonifacio, siendo de edad de setenta y cinco años, en el día 5 de junio de 755, coronó con el martirio cuarenta años de apostolado en la Germania, y treinta y dos de un santo episcopado. Habiéndose esparcido por todo el país la noticia de su muerte, formaron los cristianos un ejército numeroso, y se arrojaron sobre las tierras de los idólatras, haciéndoles arrepentirse de su atentado. Pero el santo mártir, concluyendo con sus oraciones lo que había comenzado con su predicación, consiguió del Señor para los paganos que sobrevivieron á la ruina de su país tal arrepentimiento de sus culpas, que la mayor parte de ellos se convirtieron.

(1) Willibald, n. 4.

Su cuerpo fué enterrado primeramente en Utrech, de donde su digno sucesor el arzobispo Lullo le hizo trasladar á Maguncia, y después fué llevado, según la voluntad del Santo, á la iglesia de Fulda: lo cual no contribuyó poco á la celebridad de este monasterio, que llegó á ser la escuela mas famosa de toda la Iglesia occidental en todo este siglo y en el siguiente.

No solo fué San Bonifacio el apóstol de Alemania, sino también el restaurador de la disciplina eclesiástica en todo el imperio francés. A él se atribuyen los estatutos ó instrucciones para los obispos y los sacerdotes, de las cuales muchos artículos merecen ser conocidos (1). Dice el cuarto, que el sacerdote misionero no debe ir á parte alguna sin llevar consigo el santo crisma, el óleo bendito y la Eucaristía, á fin de estar siempre pronto á ejercer todas sus funciones. El veintisiete decide que no debe causar escrúpulo el bautizar á las personas cuyo bautismo es dudoso, usando sin embargo de esta protesta: *yo no te rebautizo; mas si no estás aun bautizado yo te bautizo.* Este es el primer ejemplo que se conoce del bautismo administrado bajo condición. «Como son varias las causas, dice el santo prelado en el artículo veintiocho, que nos impiden observar rigurosamente los cánones en la reconciliación de los penitentes, cada sacerdote tendrá cuidado de reconciliarlos por medio de la oración, luego que haya recibido su confesión; es decir, que no diferirá la absolución á aquellos cuyas disposiciones le hayan parecido suficientes. El enfermo, añade, que después de haber pedido la penitencia, perdiese el conocimiento ó la palabra, no solo será reconciliado con la imposición de las manos, sino que recibirá también la Eucaristía, haciéndosela pasar por la boca:» palabras que al

(1) Tom. 6 Concilior. pag. 1890.

parecer manifiestan, que en este caso de necesidad se daba entonces la comunión bajo la sola especie de vino.

Ademas de Lullo, arzobispo de Maguncia despues de San Bonifacio y venerado como santo, tuvo el apóstol de la Germania otros muchos santos discípulos que trabajaron sin descanso con él y despues de él. Se ha visto ya cuáles fueron el mérito y virtudes de San Burchardo, obispo de Wirzburgo; de San Wilibaldo, obispo de Eichstadi; de San Vinibaldo, hermano de Wilibaldo, y de la santa abadesa Walburga; de San Esturmio, abad de Fulda; y de San Eoban, obispo de Utrech.

El santo abad Gregorio, que sin ser obispo gobernó la iglesia de Utrech despues de la muerte de Eoban, se puso bajo la direccion de San Bonifacio desde la edad de quince años, cuando al pasar este varon apostólico por el país de Tréveris, se alojó en el monasterio de Falz, fundado y gobernado en calidad de abadesa por Adela, abuela de Gregorio é hija del rey Dagoberto II (1). Este jóven, criado con la delicadeza ordinaria en los hijos de nacimiento ilustre, sostuvo con la firmeza de un operario evangélico el mas experimentado todo cuanto al principio hubo de sufrir en las misiones de Turingia poco antes asolada por los bárbaros. Su fervor fué siempre el mismo en lo sucesivo. Hasta su muerte cuidó de la iglesia de Frisia ó de Utrech, de la cual fué luego obispo su sobrino Alberico por una marcada disposicion de la Providencia, que le separó del servicio de los reyes de la tierra, á quienes servia con distincion en Italia. Por lo que toca á Gregorio, solo tuvo el carácter de sacerdote y de abad del monasterio que habia en aquella ciudad. Formó excelentes ministros del Evangelio, aun entre los pueblos nuevamente convertidos, como

(1) Act. SS. Bened. tom. 4 pag. 327.

eran los sajones, frisonos y suevos. San Lúdgero, que escribió su vida, y San Leovino son de los mas célebres (1). Entre todas sus virtudes sobresalió principalmente la caridad, aun en aquellas ocasiones en que su práctica se hallaba en oposicion con las mas fuertes preocupaciones de las naciones en que vivia. Refiérese de él, que habiendo sido asesinados dos hermanos suyos en un bosque, los homicidas fueron presos, y puestos á su disposicion para que los hiciese castigar con la muerte que le pareciese, segun las leyes bárbaras que dejaban la venganza en manos de los parientes del muerto. Comparecieron temblando en su presencia, mas él les dijo: «Yo os perdono: no volvais á hacer semejante cosa, no sea que os suceda otra cosa peor.» Mandó que los lavasen, que los vistiesen con decencia, que les diesen bien de comer, y que los condujesen á lugar seguro, por temor de los demas parientes.

No causaban menos edificacion por el mismo tiempo en otra parte de la Francia Germánica las virtudes de San Otmaro. Era abad del monasterio de San Galo, una de las primeras escuelas de la iglesia de Alemania. Temiendo que la indigencia arruinase en ella los estudios y la regular observancia, fué á quejarse al rey Pipino de las exacciones y robos de los gobernadores de la provincia del alto Rhin, llamada entonces propiamente Alemania. A su regreso se apoderaron de su persona, le cargaron de cadenas como á un malhechor é hipócrita, y le hicieron acusar de incontinencia por uno de sus monges llamado Lamberto (2). Apenas se dignó defenderse, ya porque previera la inutilidad de todas las apologias contra la maldad y la opresion, ó ya por una humildad extraordinaria que Dios ins-

(1) Sur. ad diem 12 Novembr.
(2) Vit. cap. 4, tom. 4 act. SS. Bened.

pira á algunos Santos, cuya inmediata defensa toma á su cargo. Otmaro, victima de una calumnia tan atroz, fué encerrado en un castillo, y tratado con tanto rigor, que muchos dias le habria faltado el alimento si uno de sus monges no se lo hubiese llevado de noche con gran secreto. Desde allí fué trasladado á la isla de Stein en el Rhin, en donde vivió cuatro años sin cesar de aumentar su mérito con la oracion, los ayunos y las austeridades que añadía voluntariamente á los demas trabajos que tenia que sufrir. Habiéndose hallado su cuerpo incorrupto diez años despues de su muerte, le llevaron con gran solemnidad á su monasterio de San Galo, que habia gobernado por espacio de cuarenta años. Su calumniador, el monge Lamberto, fué acometido de una horrible enfermedad que le dejó enteramente contrahecho. Confesó su delito, y dió al Santo unas satisfacciones tan brillantes como inútiles para aquel de cuya santidad se hacia apologista el mismo cielo (759).

No acabariamos si quisiésemos hacer mencion de todos los modelos de virtud que consolaban á la Iglesia en aquellas naciones que acababan de salir de la idolatría mas bárbara. Parecia que la fé iba estendiendo sus conquistas en las regiones en que el nombre de Jesucristo habia sido siempre ignorado, á medida de la defeccion sacrilega de los primeros adoradores de este Dios hecho hombre. Seducidos ó forzados por un soberano sin fé y sin freno, así los pastores como los pueblos inmediatos á los lugares consagrados con la Sangre del Redentor manifestaban en orden á las prácticas mas augustas de su culto el mismo desprecio que sus padres habian concebido de la idolatría.

Constantino Coprónimo acababa de proscribir las santas imágenes con un escándalo espantoso, por medio de trescientos treinta y ocho obispos congregados en

forma de Concilio (1). Con no menor escándalo y desvergüenza nombró de su propia autoridad para patriarca de Constantinopla, en lugar de Anastasio, al monge Constantino, obispo de Stilea, y digno competidor suyo en la carrera de la impiedad. El mismo preconizó á su patriarca desde el púlpito de la iglesia de Blaquernas, donde su Concilio tuvo la última asamblea (754), y allí le revistió del hábito sagrado y del pálio, aplaudiendo todos aquellos indignos obispos la subversion de la gerarquía y de todos los Cánones. No contentos con haber dado sus decretos impios, los ejecutaron con furor. Se esparcieron por todas las iglesias y oratorios, derribaron todas las figuras que podian servir de objeto al culto cristiano, las pisaron, las quemaron ó las hicieron pedazos. Borraron las pinturas de las paredes, cubriéndolas luego con cal para que no quedase el menor vestigio de ellas. El emperador hizo sobre todo la guerra á los solitarios y á todas las personas religiosas, á quienes no daba otro nombre que el de abominables (2). Escitó al pueblo á maltratarlos, y prohibió con penas rigurosas el que se les suministrase socorro alguno. El único medio de libertarse de las pesquisas y torturas, era el de dejar el hábito monástico y contraer matrimonios sacrilegos, á lo cual les instaba el mismo Constantino. Prohibió á todos sus súbditos con la mayor severidad que abrazasen la vida religiosa. Los monasterios fueron invadidos por la tropa, y sus rentas aplicadas al fisco. Todos los monges abandonaron absolutamente á Constantinopla y las provincias vecinas (757), para retirarse á Occidente, ó á lo menos hácia el Ponto-Euxino y la isla de Chipre, que eran los únicos países del imperio que no estaban infestados con la herejía de los iconoclastas.

(1) Tom. 7 Concilior. pag. 18.
(2) Theoph. ann. 21, pag. 463.

Las torturas y los suplicios fueron tan generales como las confiscaciones y el destierro (1). El inexorable emperador hizo morir á fuerza de azotes á un solitario venerable, San Andrés de Creta, llamado e Calibita. Andres padeció en Constantinopla (761) en el circo de San Mamés, despues de lo cual mandó el tirano que arrojasen su cuerpo al mar; pero las hermanas del mártir hallaron medio de robarle, y le enterraron secretamente en un sitio llamado Chrisys, que con el tiempo tomó el nombre del Santo. Con no menos crueldad hizo echar en el mar á Juan, abad de Monagrio, despues de haberle metido en un saco y atado á él una gran piedra. En la isla de Creta el abad Pablo fué martirizado por el gobernador Teofanes. Habiendo sido conducido á la presencia de este oficial, que habia mandado poner en tierra á un lado la imagen de Jesucristo, y á otro los instrumentos del suplicio destinado á Pablo, le dijo Teofanes: «escoge una de dos cosas, ó pisar esta imagen, ó padecer este tormento.»—«No permita el cielo, ¡oh adorable Salvador! esclamó Pablo, que yo os ultraje tan indignamente como se pretende de mí;» y en el mismo instante se postró para adorarle. Irritado el perseguidor, le hizo despojar y atar desde el cuello hasta los talones entre dos tablas, asegurando en ellas todos sus miembros con clavos: luego encendieron una grande hoguera, y suspendido con la cabeza hácia abajo perseveró en esta forma hasta quedar enteramente consumido. Cerca de Éfeso encerraron á treinta y ocho religiosos bajo la bóveda de un edificio abandonado, y tapiando todas las comunicaciones, les dejaron morir en este estado.

Pero la mas ilustre de las víctimas inmoladas por el culto de Jesucristo y de sus

(1) Du Cang, C. P. lib. 2, pag. 117.

Santos, fué el abad del monte de San Ausencio, monasterio famoso cerca de Nicomedia, mártir comparable á San Esteban, cuyo nombre tenia, y á quien por sobrenombre llamaban Esteban el jóven, para distinguirle de aquel otro atleta de la Religion (1). No obstante el rigor de su retiro y el cuidado estremado que puso en ocultarse de los hombres, su santidad y la austeridad de su vida le hicieron muy famoso. Su celda, ó por mejor decir, su sepulcro, era una gruta que solo tenia dos codos de largo y apenas uno de ancho. Era tan pequeña su altura que no podia estar en ella de pie. Estaba medio descubierta, por cuya causa el ardor del sol le abrasaba en verano, y quedaba espuesto á los rigores del frio y á todas las injurias del aire en las otras estaciones. Todos sus vestidos consistian en una simple túnica de pieles, debajo de la cual traia una cadena de hierro cruzada desde las espaldas hasta los riñones, unida por la parte inferior á un ceñidor igualmente de hierro, y á otro por debajo de los sobacos. Se empeñó Constantino en atraer á este santo hombre á su heregía, persuadido de que si lo lograba, ya no hallaria resistencia en persona alguna, aun entre los solitarios mas piadosos.

Dió esta comision al patricio Calisto, seductor hábil, que perfectamente instruido de todas las sutilezas de los novadores, se explicaba con mucha elocuencia. Calisto llevaba aceite, dátiles, higos y algunos otros regalos convenientes á los solitarios. Comenzó diciendo al varon de Dios, que el emperador lleno de veneracion y afecto hácia su persona por razon de la fama de su santidad, no le habia olvidado de modo alguno en las suscripciones que pedia á todos los fieles de distincion acerca de lo que se habia mandado en el concilio; luego creyó deber desplegar todos los artificios de su

(1) *Annalect. Graec. tom. 1. Vit. S. Steph.*

elocuencia; pero Esteban le cortó la palabra y dijo: «Señor patricio, yo jamás suscribiré á unas decisiones heréticas, que vos llamais definiciones de concilio. Dios me libre de atraer sobre mí la maldicion del profeta, llamando dulce lo que es amargo, y dando el nombre de luz á las tinieblas. Volved, pues, á aquel que os ha enviado para seducirme, al emperador que se degrada haciendo el papel de heresiarca, y no dejéis de decirle que Esteban está pronto á morir por el culto que la heregía, orgullosa con su poder se atreve á blasfemar. Lleváos vuestros dones corruptores: el aceite del pecador, como me manda la Escritura, no perfumará mi cabeza, y los manjares de los hereges no mancharán mi boca.» Presentando despues la concavidad de la mano, añadió: «aunque no tuviera mas sangre que la que cabe aquí, la derramaria gustoso por la imagen del Redentor.»

Calisto volvió confuso al emperador, y le participó la respuesta de Esteban, la cual enfureció de tal modo á este príncipe violento, que volvió á enviarle inmediatamente con soldados para que sacasen al Santo de su celda, que estaba en la cumbre de la montaña, y le encerrasen con buena guardia en el monasterio situado en la falda hasta que él decidiese de su suerte. Los satélites partieron al momento, derribaron la puerta de la celda, y sacaron de ella al Santo. Mas su crueldad se convirtió en compasion cuando repararon que en fuerza de tanto estar de rodillas, era tal la contraccion de sus nervios que sus piernas estaban como cosidas ó pegadas con los muslos, y que no podia estenderlas ni casi moverse: tal era la debilidad ocasionada por su extrema abstinencia. Fué necesario que dos de ellos juntasen sus manos con precaucion para trasladarle, sosteniéndose del modo posible el Santo en este estado, puestas las manos sobre sus espaldas. Al llegar

á la falda de la montaña le encerraron con los otros solitarios, y se estuvieron de guardia á la puerta de la laura esperando las órdenes del emperador. Entretanto todos los religiosos se ocupaban en orar y en cantar las alabanzas divinas. Los soldados edificados y enternecidos se decian unos á otros: «á la verdad, estos buenos monges á quienes se maltrata sin motivo, no pueden menos de mirarnos con horror, y nosotros estamos haciendo aquí el papel de bandidos.» San Esteban y sus compañeros permanecieron sin embargo encerrados por espacio de seis dias sin tomar ningun alimento. Una guerra imprevista contra los búlgaros impidió al emperador el satisfacer su designio impio, y le obligó á dejar por algun tiempo en paz á los monges de Ausencio. Al separarse de ellos sus emisarios, se encomendaron con instancia á las oraciones del santo abad.

El mismo Constantino llegó á comprender que para ser aplaudido de aquellos súbditos suyos que conservaban algun vestigio de rectitud, era necesario hallar en los defensores de la fé otros crímenes que su fidelidad á la tradicion y á las observancias de los Padres. Hizo acusar al Santo de un comercio vergonzoso con una señora de distincion, la cual hallándose viuda y sin hijos habia dejado, por consejo de San Esteban, sus grandes riquezas, su misma patria y su familia, para vestir el hábito de religiosa en el monasterio de monjas que estaba muy cerca del de los hombres al pie del monte San Ausencio. Sobornaron á un monge llamado Sergio y á una esclava de Ana, que asi se llamaba la señora desde que San Esteban la habia dado este nombre al recibirla por hija espiritual. Los dos falsos testigos depusieron que Ana subia frecuentemente á la celda del abad á media noche. Cogieron á esta santa religiosa, y la hicieron comparecer delante del emperador, el

B. del C., tomo XVII.—IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.